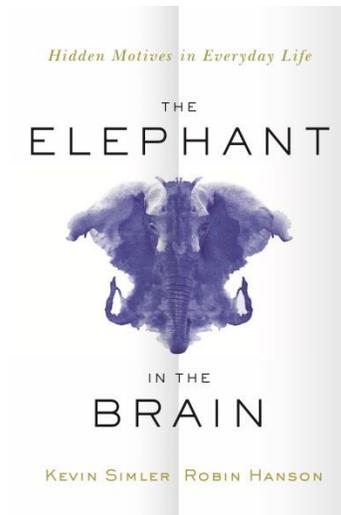


Reseña bibliográfica. The Elephant in the Brain: Hidden Motives in Everyday Life

Kevin Simler y Robin Hanson. Oxford University Press, 2018.

ISBN: 9780190495992

Pablo J. Mira*



Toda persona miente, engaña, tergiversa, aparenta y exagera. Cuando propios, estos comportamientos se perciben como justificados, quizás inevitables ante las circunstancias. Observados en el prójimo, sin embargo, estos actos se suelen entender como intencionales, como estrategias veladas y premeditadas destinadas a sacar ventaja. Kevin Simler y Robin Hanson proponen en su libro *The Elephant in the Brain* una delicada e indulgente hipótesis para explicar esta asimetría: buena parte de estas conductas mendaces son inconscientes y provienen de un módulo cerebral diseñado gracias a la evolución.

Siendo que la falsedad y sus variantes están cableadas en nuestro cerebro evolucionado, es lícito preguntarse si involucra alguna ventaja evolutiva. En la primera parte del libro los autores encaran este desafío haciendo explícitas las ganancias involucradas. Es indudable que el egoísmo trae de por sí beneficios personales, pero si la sociedad percibe nuestra actitud se corre el riesgo de quedarse sin nada. Por eso, la mejor estrategia es ser egoísta sin parecerlo, un rasgo de la personalidad que permite acceder a mayores recursos y a más y mejores parejas, lo que evolutivamente se traduce en una mayor descendencia.

Allí es donde deben buscarse, afirman los autores, los verdaderos motivos ocultos que guían el engaño humano. Se podría decir que la naturaleza naturaliza la mentira en todos sus formatos. Y es justamente su carácter instintivo y automático lo que las hace tan efectivas, pues las mentiras son más poderosas cuando el causante se las cree él mismo con seguridad ciega. La historia original del elefante en la habitación que da origen al título del libro refiere a una verdad evidente ignorada por todos a propósito. El elefante en el cerebro de Simler y Hanson también es enorme, pero es invisible a los propios sentidos.

Motivos ocultos

The Elephant in the Brain desea estar seguro de su tesis de partida, y por eso describe *in extenso* el conjunto de señales que la sostienen. Se repasa con detalle el rol del

* IIEP-BAIRES; Universidad de Buenos Aires. Email: pablojaviermira@gmail.com; pablo.mira@fce.uba.ar

lenguaje del cuerpo, de la risa, y de la comunicación en general como ejemplos de actividades humanas que revelan mensajes no siempre conscientes a los demás sobre nuestras verdaderas y ocultas intenciones.

¿Pero se trata de buenas o malas intenciones? Desde luego, para la sociedad humana y sus valores morales, "lo natural" no necesariamente es sinónimo de "lo benigno", de modo que el mensaje del libro es que, si bien en ocasiones estas actitudes son funcionales al sistema, en otras lo debilitan volviéndolo menos eficiente. Cuando se trata de engaños intencionales, los costos son fácilmente detectables. Empresarios que anuncian que los subsidios a su sector son vitales para el buen funcionamiento de la economía. Banqueros que reclaman un rescate financiero para evitar el contagio y colapso de todo el sistema. Sindicalistas que señalan las ventajas de contar con salarios más elevados para estimular el consumo y el bienestar de todos. Este tipo de declaraciones son fácilmente encasillables como opiniones interesadas, no fundadas por el método científico, y que crean ventajas a favor de ciertos grupos por encima del beneficio social agregado.

Simler y Hanson enfatizan que los motivos ocultos pueden traer consecuencias económicas negativas en términos de bienestar general. Tomemos, por ejemplo, la predicción de Keynes acerca de la reducción de las horas de trabajo consecuencia de la creciente productividad esperada de la economía. La hipótesis del libro explica que la falla del pronóstico se debe a una suerte de *rat race* de consumo conspicuo, donde cada familia adquiere, crecientemente, bienes y servicios innecesarios con él único fin de impresionar a sus vecinos. Las nociones de gasto superfluo y redundante desarrolladas originalmente por Thorstein Veblen y John Kenneth Galbraith, junto con la crítica a los excesos publicitarios, constituyen una reprensión concreta del libro al resultado espontáneo de la lógica capitalista. Lejos de someter las pasiones humanas en favor de los intereses que favorecen la prosperidad, la naturaleza humana parece traicionar los ideales de eficiencia del sistema.

Lo más perturbador de *The Elephant in the Brain* proviene de las consecuencias institucionales de la interacción entre humanos que se engañan entre sí de manera inconsciente. Consideremos la educación. En un polémico libro publicado el año pasado, el economista Bryan Caplan había propuesto la tesis de que el propósito de estas instituciones no es educar, sino únicamente señalar a los demás la capacidad e inteligencia de cada persona. ¿Por qué si no, objeta Caplan, olvidamos la mayor parte de lo que se nos enseña? De seguro una parte de la formación es provechosa (como aprender a leer y escribir), pero la mayoría de los temas que se enseñan, lejos de instruir, sirven apenas para rubricar las credenciales presentadas ante el resto de la sociedad. Después de todo, en las entrevistas de empleo es más común exhibir los títulos que rendir un examen de cualidades técnicas. Pese a que presenta evidencia variada para respaldar su teoría, Caplan remarca que la mayoría de la población está dispuesta a negar sistemáticamente esta realidad.

Para Simler y Hanson, este es apenas otro elefante en el cerebro. *The Elephant in the Brain* redobla la apuesta de Caplan e investiga a fondo las razones últimas de la existencia de otras instituciones como la caridad, la religión, la política y la medicina. En todos los casos se desafía la historia oficial de que sus objetivos sociales son los

que usualmente se testifican, los que para los autores solo se cumplen parcialmente. Aparentemente, la interacción fingida entre miles o millones de personas persiguiendo un interés evolutivo oculto nos ha dejado con una cantidad de instituciones cuya efectividad no solemos poner en duda. Mientras nadie reflexiona sobre los verdaderos propósitos y logros, estas organizaciones crecen y se solidifican hasta que, más temprano que tarde, su sentido real queda sepultado bajo un mar de malos entendidos, falsedades y charlatanería.

Si el libro está en lo cierto, muchas de las razones que se esgrimen para justificar el arte, el altruismo, la investigación académica, las creencias religiosas o las amistades son completamente falsas. El libro detalla en sus páginas cada una de estas imposturas inconscientes con una argumentación paciente y ordenada, revelando el verdadero trasfondo de estas actividades humanas. Los propios autores son lo suficientemente honestos como para reconocer su propio elefante y admitir los motivos ocultos tras la publicación de su libro. Ambos coinciden en que su verdadero objetivo es impresionar al lector con una obra divulgativa, y a la vez inteligente, y así lograr un mayor prestigio para sus carreras (y, en última instancia, para alcanzar una mayor descendencia).

¿Y ahora qué?

El desenlace de la obra apunta a su desafío máximo, que es proveer recomendaciones concretas para desterrar o al menos suavizar estas distorsiones de la conducta humana. Pero, según confiesan los propios autores, el reto es demasiado amplio y los resultados en materia de políticas factibles es limitado.

Dada la dificultad de la tarea prescriptiva, Simler y Hanson parecen contentarse con generar una conciencia colectiva de los verdaderos motivos de nuestro comportamiento. Al advertir nuestros propios sesgos, aducen los autores, sería posible tomar mejores decisiones, tanto a nivel individual como social. Siendo una obra que extiende la idea original de Caplan, cuyas recomendaciones se centran en la enseñanza particular y específica, *The Elephant in the Brain* podría ser interpretado como el paso siguiente hacia una agenda libertaria, donde cada humano se comporta de acuerdo a su propio interés, moderado e iluminado por la razón. Pero Simler y Hanson prefieren tomar distancia y favorecen, en cambio, propiciar una comunidad que aprenda a generar y respetar normas contra el egoísmo puro por la vía de ser menos contemplativos con las apariencias.

Un riesgo social no menor de exponer la conducta artificial ajena es que se produzcan situaciones grotescas, como las que imagina la película de Ricky Gervais *La invención de la mentira*, donde se demuestra con comicidad la imposibilidad de vivir en un mundo donde todo el mundo dice sistemáticamente la más pura verdad. Actuar naturalmente también podría resultar menos costoso, porque no sería necesario reflexionar sobre cada decisión con un grupo de expertos en evolución, quienes deberían además determinar con la máxima objetividad la conducta más adecuada para alcanzar resultados sociales óptimos. El mundo es un necesario segundo mejor, y los intentos por converger a la solución primaria pueden no ser el camino más efectivo para ahorrar costos sociales.

Es fácil ver por qué un eventual programa para reformar las instituciones tradicionales de la humanidad está repleto de obstáculos. La "falla social" referida es tan inmensa y las instituciones tan arraigadas que refundarlas parece una misión imposible, que emula los proyectos grandiosos de los planificadores sociales, o las soluciones de mercado que atribuyen propiedades fantásticas al *laissez-faire*. Los interrogantes asociados a esta potencial agenda podrían extenderse *ad infinitum*. ¿Quién decidirá qué enseñanzas son valiosas y cuáles no? ¿Cómo se establece el límite entre las prescripciones médicas reales y las que solo tienen el objetivo de presumir? ¿Dejarían de actuar solidariamente los filántropos si la sociedad los apuntara como hipócritas sociales? ¿Podemos confiar en los reformadores sociales de estas instituciones viciadas por la ineficiencia? ¿Promoverán estos líderes intelectuales las medidas adecuadas sin ser presos de sus propios motivos ocultos?

El elefante en la educación resulta particularmente preocupante y difícil de resolver. Es posible que los docentes enseñen esencialmente aquello para lo que están preparados, y no lo que la sociedad "verdaderamente necesita". Esos brillantes docentes que imagina Caplan, capaces de identificar y abandonar los tópicos únicamente destinados a impresionar a otros, quizás no existan. En un mundo en cambio constante tampoco resultaría sencillo determinar qué materias serán provechosas en el futuro y cuáles no. Alguna vez, saber escribir en un papel era una capacidad fundamental para ser productivo, pero ya no lo es. Las nuevas tecnologías y sus consecuencias son difíciles de predecir y, por lo tanto, es inevitable que la educación fracase en algún aspecto particular de la enseñanza.

Lo que deja *The Elephant in the Brain* es la extraña sensación de que pueden existir diagnósticos potencialmente correctos acerca de ciertas conductas humanas y sus consecuencias agregadas, pero al mismo tiempo que las estrategias para corregirlas son imposibles de llevar a cabo de una manera socialmente procedente. Como los autores no proporcionan ninguna estimación del costo o de las injusticias que generan estos comportamientos, tampoco es clara la urgencia para subsanar el problema. Más aun, en un mundo en el que las tecnologías súper avanzadas no son ninguna farsa y prometen modificar la vida humana con rapidez, es difícil pensar si debemos perder tiempo en concentrarnos en los beneficios de moralizar una sociedad hipócrita. Más aun, los avances técnicos podrían promover de manera automática y natural un conjunto de "*nudges*" que permitieran a los individuos corregir con tiempo y a plena conciencia sus sesgos, sin sentirse forzados a hacerlo.

The Elephant in the Brain presenta una interpretación sumamente original y factible sobre algunos aspectos de la naturaleza humana, contribuyendo así decisivamente a un rubro académico que no para de crecer. La hipótesis de la mentira inconsciente es interesante de por sí, pero lo más sorprendente del libro son las inesperadas y vastas consecuencias de este regalo de la naturaleza. La cúspide intelectual de la obra aparece nítida cuando se examinan críticamente las razones de la existencia de instituciones y cuáles son sus reales aportes a la sociedad. Pero, los cursos de acción específicos, destinados a corregir esta inmensa falla, parecen toparse con la propia naturaleza universal del problema a resolver.